

Lo que aquí presento como "ideas" son, en la narración, voces perfectamente verosímiles, por mucho que no se puedan tomar como personajes. Esta novela (que novela es, al cabo) es un monólogo a la manera de *El sonido y la furia*, o *La caída*, pero desmenuzado en fragmentos, cada uno de los cuales se construye una forma propia. Y en el monólogo no tiene lugar acción alguna, por mucho que en ocasiones se hable de una acción posible, porque eso precisamente es el argumento de la obra.

Y la voz que habla en este monólogo es la voz del monarca del tiempo, cuya presencia es puro juego consigo mismo, con las formas que crea para seguir conservando su poder; un poder del que ni siquiera escapa ese ángel final, inocente y desolado, quien acepta también como verdad la última, es decir: "Que siempre habrá nunca". Quizá tan sólo el capitán Louvet, ebrio y acéfalo, perdida la memoria en el ataque... Pero no voy a ser yo quien diga la última palabra. ■ FELIX DE AZUA.

## El conde de Aranda

Desde hace quince años, Olaechea y Ferrer Benimeli han venido publicando sucesivas monografías sobre la figura y la obra del conde de Aranda, el estadista español más importante del siglo XVIII. Con el presente volumen culmina así un ciclo de investigaciones de importancia muy real (1).

Los autores han abandonado en su libro la estructura cronológica habitual en la biografía, adoptando la estructura monográfica, por temas ("Aranda militar", "Aranda diplomático", "América en el pensamiento de Aranda", etcétera), lo que facilita la discusión de cada uno de ellos, especialmente de los más controvertidos. Entre estos últimos se hallan, por ejemplo, la pertenencia o no de Aranda a la masonería (ni fue su fundador en nuestro país ni siquiera perteneció a ella), la importan-

(1) Olaechea, R.; Ferrer Benimeli, J. A.: *El conde de Aranda (mito y realidad de un político aragonés)*. Dos volúmenes (172 + 173). Colección Aragón. Librería General. Zaragoza, 1978.

Conde de Aranda.



cia muy marginal que tuvo en la expulsión de los jesuitas de España (se limitó a dictar las medidas administrativas concretas para la correcta ejecución de las órdenes recibidas, pero no intervino de modo directo en la colaboración del proyecto, que estuvo a cargo de Campomanes, Roda y Florida-Blanca), su inexistente "impiedad" (Aranda fue simplemente un estadista ilustrado del siglo XVIII que se oponía tan sólo a interferencias de la Iglesia en los asuntos del Estado, pero personalmente católico, apostólico y romano, etcétera).

Paradójicamente, Aranda, que alcanzó ya en su juventud los escalones más elevados de la milicia en España, no pudo llevar a cabo sus proyectos en este terreno. Su clara vocación castrense quedó tan sólo en esto, en vocación, y las iniciativas del capitán general del Ejército hubieron de desarrollarse en dos áreas estrictamente civiles: la diplomacia (en la obra está claramente expuesta su preocupación, obsesiva y lucidísima, por el porvenir de nuestras colonias americanas tras la creación de los Estados Unidos de América del Norte) y la administración civil del Estado (control de la mendicidad en Madrid después del motín de Esquilache, control popular de los Ayuntamientos, apoyo a obras tales como el Canal de Aragón, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y en otro aspecto la fábrica de cerámica de Algora, perteneciente al conde).

En la obra se analizan cuidadosamente las razones —muy di-

versas— que dificultaron la obra de Aranda y que van desde el carácter "muy aragonés" de éste, a la oposición de la aristocracia "castiza" ultraconservadora, que al principio del reinado de Carlos III apoyó a Enseñada contra Esquilache, hasta el furor sexual de la esposa de Carlos IV, que contribuyó a la caída y al exilio del conde para que ocupara el puesto de éste el favorito Godoy.

Se dedica también todo un capítulo al llamado "partido aragonés" (sólo marginalmente aragonés, dicho sea de paso) constituido por grandes aristócratas "liberales" que pretendían que el Rey gobernara mediante el sistema de Consejos, pero en directa colaboración con su casta y no, como hizo Carlos III (ello de acuerdo con la evolución histórica de su tiempo en toda Europa) mediante el "despotismo ilustrado" de una Monarquía absoluta apoyada en grandes funcionarios —los "grands commis" franceses, los llamados despectivamente en España "golillas"—, que no eran aristócratas o que pertenecían a una aristocracia de segunda fila y que representaban y asumían los intereses de la burguesía (Campomanes, Florida-Blanca). Este es un punto de la política de Aranda en el que adoptó el conde una actitud claramente conservadora, profundamente elitista.

La obra, bien editada con fotografías bien escogidas, constituye desde este momento uno de los textos necesarios para comprender cabalmente lo que fue el siglo XVIII en España. ■ GONZALO MOYA.

## China: de la revolución a la razón de estado

"China para turistas", titulaba recientemente en portada "Time". Y el conservador semanario norteamericano dedicaba varias páginas interiores a comentar las impresiones que el moderno Marco Polo de "polaroid" y pantalones a cuadros puede llevarse a casa de su visita al país del difunto Mao Tse-tung. Quince mil turistas norteamericanos calculaba "Time" que habrían pisado suelo chino antes de finales de año.

El viejo dragón ya no escupe fuego por la boca, y el retrato de aquel líder moftetudo que no se cansaba de repetir que el imperialismo era un tigre de papel queda bien como fondo de una foto de grupo en kodachrome. "Eficacia" y "productividad" son las nuevas consignas de los sucesores de Mao. El voluntarismo revolucionario ha dejado paso a los grises cálculos de la planificación centralizada. Y el mismo Teng Hsiao-ping que, en 1957, en plena Revolución Cultural, era acusado de estimular la propiedad privada y el recurso a las técnicas comerciales capitalistas, ese mismo Teng, tantas veces caído en desgracia y otras tantas rehabilitado, es de un año y pico a esta parte el hombre fuerte de la situación.

Bajo su liderazgo, China se propone algo que ya intentó Mao en 1968, y posteriormente en 1970: convertir en una auténtica potencia industrial a un país hasta hace poco semifeudal y analfabeto.

Lejos parece quedar ya aquella visita a Pekín del equipo de ping-pong norteamericano (abril de 1971) o el viaje de Nixon en compañía de Kissinger un año después, mientras Washington ordenaba el lanzamiento de bombas sobre Vietnam. Primero y tremendo disgusto para quienes seguían viendo en China un país revolucionario, y al que luego seguirían otros muchos. Obsesionada por el "socialimperialismo" de la URSS, China no tendría, a partir de entonces, el menor empacho en pactar con cualquier dictadura